Fauna Guardianes

ÁMBAR

Los que vuelven

MARIPOSA MONARCA · Una aventura ilustrada





01

La noche de las velas

En un pueblo de Michoacán, subido tan alto en la montaña que las nubes pasan por debajo de las ventanas, Erandi ayudaba a su abuela a poner la ofrenda. Una vela por cada nombre. Pan, agua, una foto gastada, flores color de fuego.

—Abuela, ¿de verdad vienen? —preguntó Erandi, acomodando una veladora—. Los que ya no están. ¿De verdad vuelven?

La abuela no contestó enseguida. Miró hacia la ventana, hacia el bosque de árboles altísimos y oscuros que cubría la montaña.

—Fíjate bien mañana temprano —dijo al fin—. Cuando salga el sol. Si el cielo se pone naranja, y el naranja se mueve... ésos son. Siempre llegan por estas fechas. Desde que yo era como tú. Y desde mucho antes.

Erandi miró el bosque. No se movía nada. El aire estaba quieto y frío.

—Este año tardan —dijo la abuela, muy bajito, como para que la montaña no la oyera—. Esta mañana no vi ninguna.



02

Alas nuevas

Ámbar salió de la crisálida y se quedó colgando.

Las alas todavía no le servían para ir a ninguna parte. Se desplegaban despacio, como algo que hubiera pasado demasiado tiempo doblado.

En el tallo vecino, Lito sacudió las suyas.

«¿Ya?»

Ámbar intentó moverse. Una pata perdió el apoyo y volvió a agarrarse.

«Todavía no.»





El campo del norte olía a final de verano. Había flores bajas y mariposas que llegaban a beber antes de continuar. Casi todas salían hacia el mismo rumbo.

Lito siguió con los ojos a una de ellas.

«¿Qué hay allá?»

Ámbar no sabía. Tampoco sabía cuánto duraría su vida ni que otras generaciones habían recorrido parte de aquel continente antes de que ella naciera.

El sol le calentó las alas.

Cuando pudo abrirlas sin perder el equilibrio, probó un vuelo corto. Llegó hasta la flor de enfrente.

Lito aterrizó a su lado.

Desde allí el campo parecía mucho más grande.

03

El mapa que nadie le dio

Lito quería que alguien fuera delante.

«Alguien que ya haya ido.»

Ámbar se posó en una flor. Tenía las alas nuevas, sin una sola marca.

«Pregúntales.»

Había otras monarcas a su alrededor. Una levantó el vuelo hacia el sur; detrás subió otra. Ninguna parecía dar instrucciones.

Lito fue de tallo en tallo. Regresó al mismo.

«Son nuevas.»



Ámbar también lo era. No había visto un oyamel ni sabía cuánto campo o cuánta montaña quedaba entre su flor y aquel impulso de partir.

El sol apareció entre las nubes. Varias mariposas se orientaron a la vez.

Ámbar abrió las alas.

«Yo voy a intentarlo.»

Lito tardó un momento en seguirla.

Las que habían dejado el sur meses atrás no estaban allí para mostrarles el rumbo. El camino había continuado entre generaciones. Ahora empezaba bajo dos cuerpos recién estrenados.





04

El campo sin flores

Volaron días. El mundo se fue estirando debajo de ellas: bosques, ríos, pueblos, carreteras rectas y larguísimas.

Un mediodía llegaron a un campo enorme, verde y parejo, que no se acababa nunca.

—¡Comida! —gritó Lito, bajando feliz—. ¡Mira cuánta planta!

Pero no había una sola flor. Ni una gota de néctar. Ni rastro del algodoncillo: esa planta de hojas gruesas y leche blanca que es lo único que una oruga monarca puede comer, aunque las adultas beben néctar de muchas flores.

—Aquí no hay nada —dijo Ámbar, con el estómago vacío y las alas pesadas—. Todo es una sola planta, sembrada por manos, y limpiaron lo demás. Quitaron hasta la última hierba que no servía para vender.



Lito se dejó caer en un surco, temblando. —Ya no puedo, Ámbar. Tengo hambre. Nos queda medio mundo por delante, y aquí no hay nada. Para qué seguir.

Ámbar estuvo a punto de darle la razón. Y entonces lo vio, a la orilla del campo, junto a la carretera: una franja delgada, angosta, de flores moradas y de algodoncillo. Plantada. A propósito. En fila. Donde alguien, en vez de limpiar, había sembrado.

—Ahí —susurró—. Mira. Alguien nos dejó de comer.

Bajaron. Bebieron hasta que las alas volvieron a pesar lo justo. No era un campo entero. Era una orilla. Pero una orilla alcanzaba para llegar a la siguiente.

05

Rauda

Cerca de un río, una tarde, una sombra rápida cruzó el cielo y frenó junto a ellos. Era una golondrina. Flaca, veloz, con la cola partida en dos.

—Ustedes también van al sur, ¿no? —dijo, sin saludar—. Me llamo Rauda. Las monarcas siempre van por donde voy yo. Nunca entendí cómo le hacen, tan chiquitas.

—¿Tú también vas lejos? —preguntó Ámbar.

—Lejísimos. Yo tampoco soy de aquí; yo también le huyo al frío.



—Rauda ladeó la cabeza—. Les tengo un dato, ya que vamos al mismo lado. Más adelante hay una montaña. La buena. La que buscan, aunque todavía no lo sepan. Pero antes de llegar… —dudó— viene algo. Lo vi desde arriba. El aire se está poniendo raro. Frío fuera de tiempo. Apúrense, o busquen dónde taparse.

Y se fue, tan rápido como llegó.

—¿Cómo sabe ella hacia dónde vamos, si nosotras apenas lo estamos descubriendo? —dijo Lito.

—No lo sabe mejor que nosotras —dijo Ámbar—. Lo sabe distinto. Ella ve el camino desde arriba; nosotras lo llevamos por dentro. Entre las dos cosas, se llega.



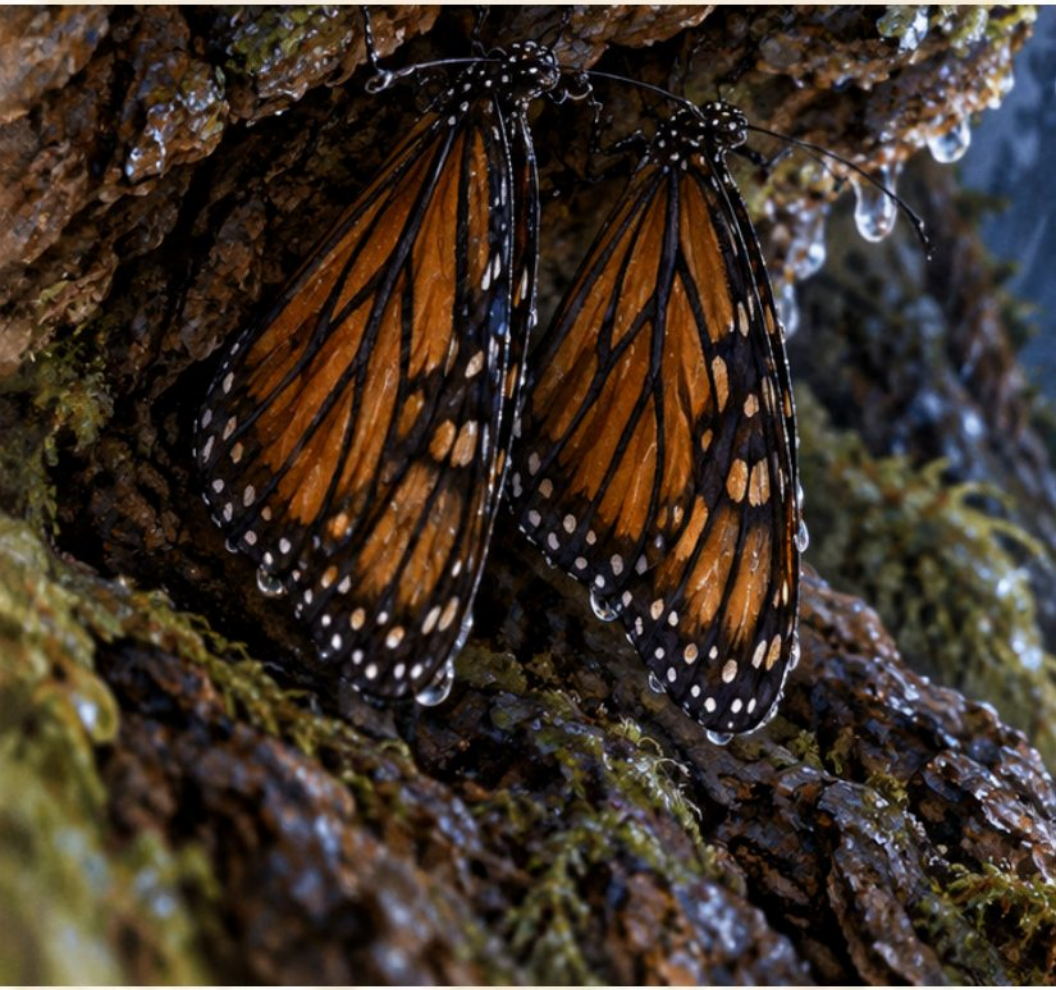
06

El frío que no tocaba

Lo que Rauda había visto llegó de noche.

El aire se volvió filoso. Cayó una lluvia helada, de esas que a una mariposa le congelan las alas y la tiran al suelo para siempre. Era un frío que no tocaba en esa época: un cambio brusco de tiempo, como si alguien hubiera abierto una puerta que debía estar cerrada.

—¡Ámbar! —gritó Lito, zarandeado por el viento—. ¡No puedo sostenerme! ¡Me caigo!



—¡No abras las alas! ¡Pégate al tronco, por abajo, donde no pega la lluvia! ¡Junto a mí!

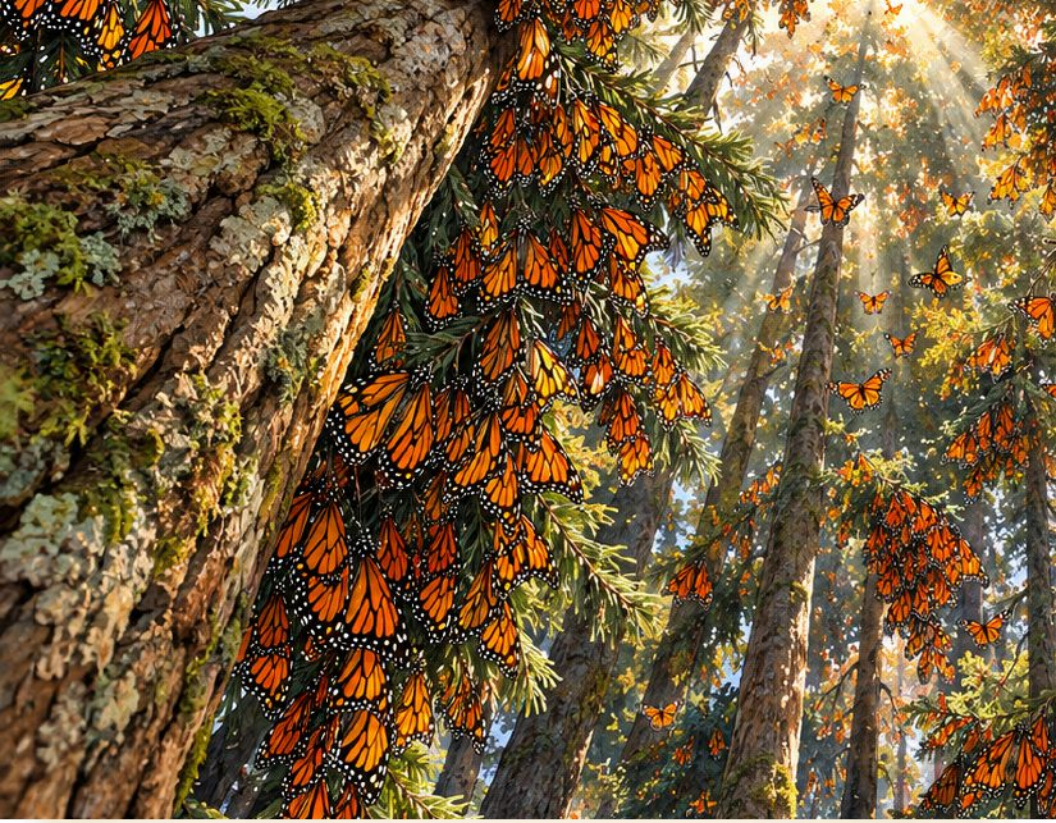
Se apretaron contra la corteza de un árbol, las alas cerradas, quietas, hechas una sola mancha oscura para que el frío no encontrara por dónde entrar. Muchas, esa noche, no lo lograron. Amanecieron en el suelo, naranjas sobre la escarcha.

Ámbar y Lito sí. Tiritando, con hambre, pero vivas.

—¿Siempre fue así de difícil? —preguntó Lito al amanecer.

—No sé —dijo Ámbar—. No conozco este lugar. Todavía nos falta encontrar abrigo.





07

La montaña que respira naranja

Varios días después, apareció la montaña.

Ámbar la reconoció antes de verla bien. El hilo invisible que la había jalado toda la vida, de pronto, se aflojó. Había llegado. A un lugar donde nunca había estado y que, sin embargo, conocía.

Subieron entre árboles altísimos, rectos, de un verde oscuro y apretado: oyameles. Y entonces lo vieron.

No estaban solas. No eran cientos. Eran millones. Millones de monarcas colgadas de los troncos y las ramas, racimo sobre racimo, tantas que las ramas se doblaban y los árboles enteros parecían vestidos de naranja.



Cuando entraba un rayo de sol, las ramas parecían respirar: abrir y cerrar las alas, encenderse.

—Llegamos —dijo Lito, sin aliento—. Llegamos de verdad. ¿Pero por qué aquí? ¿Por qué este bosque y no otro?

—Por esto —dijo Ámbar, y se acomodó entre las demás, apretada, en el mismo árbol, como si siempre hubiera sido su lugar—. Estos árboles tan juntos son una cobija. Guardan el calorcito adentro y dejan el frío afuera. Entre las ramas quedamos menos expuestas al viento y a la lluvia.

No muy lejos, Ámbar alcanzó a ver una herida en la montaña: un pedazo de bosque donde ya no había árboles, sólo tocones y un claro pelado por donde el viento helado entraba como por una ventana rota.

—Ahí falta cobija —dijo, y algo le apretó por dentro.



08

Los que vuelven

A finales de octubre, la abuela dejó de preguntar por las mariposas cada mañana.

Erandi seguía mirando.

La tarde en que llegaron, su padre volvió del bosque con barro en las botas.

«Hay unas pocas.»

La niña dejó la flor de papel que estaba recortando.

«¿Podemos verlas?»

Subieron al día siguiente por el sendero permitido. Al principio Erandi vio ramas oscuras. Después una se abrió por la mitad y dejó salir un ala naranja.

Otra se movió. Luego muchas.

Ámbar estaba entre ellas. Había encontrado un sitio protegido junto a Lito, sin saber que una niña acababa de descubrirla entre cientos de manchas iguales.

«¿Son los que vuelven?», preguntó Erandi.

La abuela le acomodó el cuello de la chamarra.

«Así lo cuentan aquí.»

Erandi pensó en la fotografía de la ofrenda. La miraría al volver. Por ahora no quería perderse el instante en que otro racimo abría las alas.



09

La cobija de árboles

El invierno no llegó la noche de la ofrenda. Llegó después, poco a poco, hasta que una tormenta dejó los troncos brillantes de agua.

Ámbar y Lito llevaban semanas en el bosque.

El viento entró por un claro y sacudió el borde de su árbol. Una rama baja se dobló. Ámbar perdió el apoyo de una pata y quedó colgando de las otras.

La corteza estaba resbalosa.



Se agarró más arriba antes de abrir las alas. Lito seguía allí, inmóvil.

Al amanecer bajaron personas de la comunidad por el sendero. Contaron árboles, revisaron daños y anotaron lo que encontraron en el suelo. Erandi no fue con ellas.

Su padre regresó tarde. Dejó las botas fuera y tardó en entrar.

La niña no le preguntó si todas estaban bien.

Le hizo sitio junto a la mesa.

En la montaña, Ámbar se movió hacia el lado protegido del tronco. El lugar de al lado seguía ocupado.



10

La que carga a las demás

En primavera, Ámbar volvió a sentir el impulso de partir.

El aire estaba más tibio. Bajó del oyamel, bebió en una flor y regresó una vez a la rama. Lito ya se había ido.

Voló hacia el norte. No llegaría hasta el campo donde había nacido.

Cuando encontró algodoncillo tierno, recorrió las hojas antes de dejar un huevo. Se quedó un momento en el tallo. Sus alas tenían ahora pequeñas roturas por donde pasaba la luz.



Dejó otro huevo.

En la montaña, Erandi llevaba agua para un arbolito. Lo habían plantado fuera del área ocupada por las colonias, como parte del trabajo de restauración de su comunidad.

«¿Cuándo va a dar sombra?»

Su padre miró la planta, que apenas le llegaba a la rodilla.

«Todavía falta mucho.»

Erandi inclinó el recipiente despacio para que el agua no se llevara la tierra.

No había una mariposa esperándola en aquel árbol.

Regresó a regarlo la semana siguiente.



Lo que sostiene el cuento

En el mundo real

En la población migratoria oriental de Norteamérica, el recorrido anual continúa entre generaciones. Las monarcas del otoño pueden vivir meses y viajar a los bosques de México sin haberlos visitado antes. Sus orugas comen algodoncillo; las adultas toman néctar de muchas flores. El bosque de hibernación ofrece condiciones de abrigo.

Lo que inventamos

Ámbar no conoce el árbol exacto de una antepasada. El número de generaciones y las fechas de llegada varían. El vínculo entre las monarcas y los difuntos es una tradición situada: aquí la comparte la familia de Erandi. Una tormenta aislada no demuestra por sí sola un cambio climático.

Tu turno

Elige un lugar que tu familia considere casa aunque alguien nunca haya vivido allí. ¿Qué le contaron? Dibuja una ruta entre ese lugar y el tuyo, con tres descansos. Para las mariposas, averigua qué plantas nativas dan néctar en tu región antes de sembrar; evita trasladar insectos.

Para seguir descubriendo

USFWS · Monarch

National Park Service · Milkweed and Monarchs

Las fuentes respaldan los datos naturales, no las aventuras ni los diálogos de los personajes. Consultadas en octubre de 2026.

Los que vuelven

Ámbar siente el impulso de viajar a un bosque que nunca ha visto. Erandi espera junto a una ofrenda. Entre las dos hay campos sin flores, una tormenta y una casa que sólo seguirá siendo casa si alguien regresa a cuidarla.



Jorge Uribe Maza · FAUNA Guardianes

Edición visual V3.0 · Octubre de 2026
Texto e ilustraciones revisados con asistencia de inteligencia artificial.

betafaunaguardianes.pages.dev